

# P.

puntos de referencia

CENTRO  
DE ESTUDIOS  
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL  
N° 603, MAYO 2022

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

# Los intelectuales de izquierda y el problema del triunfo

RODRIGO DEL RÍO



# RESUMEN

- El triunfo de la izquierda en Chile ha vuelto urgente la pregunta sobre cuál será la relación de los intelectuales con el poder durante el nuevo gobierno que comenzó en 2022.
- Se distinguen tres visiones posibles sobre la relación del intelectual de izquierda con el triunfo político. La primera es la del intelectual abstracto que se identifica con el sistema político, al que justifica teóricamente para mantener sus propios privilegios. La segunda es la del intelectual comprometido, en la que el criterio para la victoria del mismo es el triunfo del grupo político o social al que pertenece. La última visión es la del intelectual público, cuyo criterio de triunfo es la victoria de la verdad, en el sentido de estándares compartidos para evaluar nuestra vida en común. El costo de esta última visión es la incomodidad que genera la intervención intelectual en el poder.
- Los intelectuales de la izquierda chilena ya tuvieron que enfrentarse al problema del triunfo durante la victoria de Salvador Allende y la Unidad Popular (UP). Ante fuertes presiones para adoptar posiciones comprometidas, Enrique Lihn lideró una serie de intervenciones en defensa del rol público del intelectual. Las líneas más comprometidas afirmaron la configuración de una cultura proletaria. Lihn, en cambio, postuló la necesidad de un pacto interclasista, por el carácter pluralista de la sociedad chilena.
- Lihn reivindicó el pluralismo a través de asumir la vía chilena al socialismo como estándar común, que implicaba el esfuerzo de reconciliar en la acción política la tensión entre los principios socialistas y los principios democráticos.
- El triunfo presidencial de Gabriel Boric ha reconfigurado las capas intelectuales del Frente Amplio (FA), devolviendo una vez más a la izquierda al problema del triunfo. La organización colectiva de la crítica se ha hecho improbable. Las razones son el vaciamiento de los círculos intelectuales de la nueva izquierda —devenidos operadores políticos o asesores— por el ingreso al gobierno, el acecho de la antigua izquierda concertacionista para compensar ese vacío, y la vigilancia de la oposición que empuja a asumir posiciones acrílicas.
- Todavía está irresuelto el pacto del nuevo gobierno con los intelectuales y qué decisión tomará sobre el compromiso que tendrá la política progresista con la verdad.

## Palabras clave

Intelectuales de izquierda, campo intelectual, política cultural, verdad política, Enrique Lihn, Unidad Popular.

**RODRIGO DEL RÍO** es Doctor (c) en el Departamento de Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Harvard. Sus investigaciones indagan la conexión de la literatura latinoamericana con otros discursos sociales como la política y la economía. Además, ha trabajado como curador y artista visual para la Houghton Library de la Universidad de Harvard, el David Rockefeller Center for Latin American Studies y el Consulado de Chile en Shanghái. Publicó el libro *Patagonia, desierto de agua* en co-autoría con Pablo Chiuminatto

y las fotografías de Damián Galerstein (Orjikh, 2015).

Los intelectuales son grandes perdedores. Parece haber cierta dignidad en la derrota, como si la lucidez de ver arruinados sus sueños políticos les diera un lugar en la historia de la verdad. Seguramente, el más reconocido en esta tradición de vencidos sea Sócrates, quien pierde el juicio ante los tribunales de Atenas. Obligado a decidir entre abandonar sus ideas o tomar cicuta, el filósofo escoge la muerte. El sacrificio se convertía en prueba suficiente de una verdad que ningún foro humano podría dirimir.

No le han faltado los intelectuales socráticos al pensamiento de izquierda. Si los proletarios no tienen nada más que perder salvo sus cadenas, los intelectuales no tienen nada más que arriesgar salvo sus vidas. Y en este riesgo, las ideas parecen adquirir gravedad, volverse si acaso algo más parecido a la realidad. Antonio Gramsci escribe sus *Cuadernos de la cárcel* en la prisión en que muere como una crítica a la estrategia de la izquierda después de la derrota contra el fascismo. “La victoria final solo puede ser preparada a través de una serie de ‘derrotas’” (Luxemburgo 2019, 50), afirmaba Rosa Luxemburgo en su último escrito, después de perder la rebelión obrera, justo antes de ser torturada y ejecutada por el gobierno de la Social Democracia Alemana.

Pero ¿qué sucede cuando los intelectuales se enfrentan al triunfo? La pregunta se vuelve urgente en Chile, sobre todo hoy, que ha ganado las elecciones presidenciales una coalición que se reconoce orgullosamente de izquierda.

### “La victoria final solo puede ser preparada a través de una serie de ‘derrotas’”.

Una visión muy difundida de los intelectuales en la política es que habitan una torre de marfil.<sup>1</sup> Desoyendo de la realidad, se dedican a asuntos abstractos y desatienden los problemas de la gente de a pie. La tarea del intelectual se abocaría a una realidad más alta que la del caído mundo en el que escribe. Una imagen precisa del intelectual abstracto sería la de los habitantes del castillo volador en *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, que, siempre mirando a los cielos, debían pedir a sus sirvientes que les golpearan la cara con un globo de agua para no dar un traspie y caer al abismo. En esta visión, el triunfo de los intelectuales sería también el triunfo del sistema político imperante, puesto al servicio de la mantención de sus privilegios. Especialmente en los discursos de izquierda, la práctica intelectual abstracta logra ataviarse con los ropajes de la historia. El grupo filosófico Hiperión en México, por ejemplo, proclamó investigar la realidad existencial del pueblo mexicano. Sin embargo, la consecuencia fue la creación de una imagen idealizada de las virtudes y vicios del pueblo mexicano que el gobierno

<sup>1</sup> Una historia cultural pormenorizada de la metáfora de la torre de marfil se puede encontrar en el artículo “The Ivory Tower: the history of a figure of speech and its cultural uses” de Steven Shapin.

del presidente Miguel Alemán utilizaría para promover una doctrina política que desandaría los caminos de la Revolución. Según Ana Santos Ruiz en su libro sobre el grupo Hiperión, la consecuencia final de la filosofía de lo mexicano terminó construyendo una imagen en la que el mexicano “era un ser emotivo, sentimental, reservado, desconfiado, inactivo, desganado, melancólico, simulador de sus emociones, irresponsable ante los demás, machista, dispendioso, ‘relajiento’, incapaz de expresar sus inconformidades, que teme al ridículo, que imita lo extranjero por sentirse inferior o insuficiente, que vive en la ensoñación y la ficción, que no soporta la verdad pues ésta conlleva a la amargura y al desencanto, que desprecia la vida humana, ... pero que también es capaz de fina delicadeza y ternura en el trato personal, leal hasta la muerte, generoso y que tiene una portentosa capacidad creadora” (Santos Ruiz 2015, 54-5). Al alero de la doctrina de la mexicanidad, Alemán daría marcha atrás al avance de la reforma agraria del gobierno de Lázaro Cárdenas, atacando sobre todo al ejido, institución de propiedad comunal planteada como restitución a la pérdida de tierras de los pueblos indígenas.

Una variación de esta postura es la del intelectual comprometido. En esta visión, el intelectual debe estar a tono con las vibraciones de la historia. Su tarea será descifrar los signos que lleven a la humanidad a cumplir una promesa mundana de liberación. Sus intervenciones debiesen encender los deseos utópicos de un futuro más justo. También, hay que confesarlo, ese futuro está modelado y subsumido por la estrategia cultural de un aparato político concreto. Su obra adquiriría conscientemente un carácter instrumental. El intelectual triunfaría, entonces, en conjunto con el grupo social al que representa. Y aunque durante la batalla política el intelectual comprometido abogue por el rol transformador de su pensamiento, una vez vencedor no es extraño que termine en una defensa obsecuente del estado de cosas. Muchas veces el compromiso llevará al intelectual a las formas más banales de la propaganda, pero en ocasiones comprometerse puede producir incluso un involuntario cierre ideológico. Los hilos de la obediencia se vuelven invisibles. Y es que la responsabilidad política empujada por la fuerza de la victoria es capaz de producir los espejismos de la infalibilidad. El escritor Máximo Gorki tenía un irreprochable prontuario revolucionario: fue arrestado por el zar, ofensor de los Estados Unidos y amigo cercano de Lenin, con quien se enemista acusándolo de idealizar a las clases obreras (Moynahan 1992, 202). Fue también un reconocido librepensador. Sin embargo, cuando visita Solovki, el complejo carcelario que anticipó al Gulag, se convence que la Unión Soviética había encontrado la solución para reformar a los criminales. Y si bien algunos prisioneros lograron susurrarle al oído los horrores del campo de trabajos forzados, su rol de gran escritor del proletariado le impidió ver a la cara los abusos, las muertes por trabajo excesivo, los castigos y las torturas de los habitantes del recinto carcelario (David-Fox 2012, 154).

Muchas veces el compromiso llevará al intelectual a las formas más banales de la propaganda.

Otra visión diametralmente distinta reivindica que la relación fundamental entre el intelectual y el poder es su honestidad. Esta es la tradición del intelectual público, en la que un individuo interviene en la esfera política mediante el examen riguroso de la realidad en base a principios compartidos de justicia y libertad. Esta noción tiene un matiz normativo: asume la existencia de estándares éticos comunes y, por supuesto, corre tanto el riesgo de la ingenuidad como del sermón. Su victoria es también su castigo. La labor intelectual, en esta idea, es una tarea incómoda. Se basa en someter a los mismos estándares éticos a todos los miembros de la comunidad política. Esto incluye al propio grupo social al que se pertenece. El debate intelectual estaría inspirado por construir “un lenguaje que se esfuerza por decirle la verdad al poder” (Said 1996, 17). El triunfo del intelectual sería, por tanto, el triunfo de la verdad. Pero defender la verdad no quiere decir que el intelectual tenga acceso privilegiado a ella. Más bien lo contrario: reivindicar el estatuto público de la verdad implica que, en principio, todos estamos habilitados para reconocerla. La existencia de una verdad supone que existen estándares compartidos para evaluar nuestra vida en común, y asumirlos hace posible la deliberación pública.<sup>2</sup> Como bien explica Edward Said, los enemigos del intelectual no serían las masas, con las que de hecho busca comunicarse, sino los sínodos de expertos, profesionales y otros grupos de élite que capturan la opinión pública para desplazar “la confianza en una pequeña banda superior de hombres sabelotodo en el poder” (1996, 15). Hay bastante de este espíritu en la crítica de León Trotsky a la teoría de Iósif Stalin del “socialismo de un solo país”, que, bajo una tesis aislacionista y traicionando los ideales internacionalistas del comunismo, había acabado en la constitución de una casta burocrática nacional. La plusvalía de los trabajadores no sería, entonces, extraída por la burguesía, sino por las élites de la administración burocrática del partido.<sup>3</sup> Más allá de la precisión del diagnóstico, la fuerza pública de la intervención de Trotsky radicaba en aplicar la crítica marxista al mismo grupo político que declaraba defenderla.

### La existencia de una verdad supone que existen estándares compartidos para evaluar nuestra vida en común, y asumirlos hace posible la deliberación pública.

Este último antagonismo permite pensar que, aunque los proyectos intelectuales ponderen distintas dosis de abstracción, compromiso y honestidad, es en el momento de la articulación colectiva cuando una comunidad intelectual define su carácter. Porque la tarea intelectual no demanda una búsqueda individual de la verdad; necesita de una red que provea a la verdad de una base discursiva, es decir, de un lenguaje para que la verdad pueda ser producida, evaluada y juzgada.

<sup>2</sup> Sobre la distinción de usos de verdad en el debate político, ver el artículo “La verdad y lo político” de Fernando Atria, quien distingue entre un uso apelativo y un uso constitutivo de la verdad.

<sup>3</sup> El argumento se puede encontrar sucintamente en “El socialismo en un solo país”, apéndice a *La revolución traicionada* de León Trotsky.

La pregunta por la actitud frente al triunfo, por ende, se puede hacer a nivel individual, pero la cuestión fundamental radica en qué organización tomará el debate intelectual luego de la victoria política. Por tanto, una intervención intelectual en este marco tendrá que definir si su objetivo es buscar un lenguaje para visibilizar, circular y defender el triunfo, o fundar un lenguaje político tras la victoria que la vuelva una vez más debatible.

Los intelectuales de la izquierda chilena ya enfrentaron esta disyuntiva. Salvador Allende gana las elecciones presidenciales el 4 de septiembre de 1970. Artistas y escritores, filósofos y científicos sociales movilizaron sus esfuerzos alrededor de la promesa de una cultura a tono con la construcción de una nueva sociedad. Una de las preguntas fundamentales que organizó el campo intelectual de la época fue cuál debía ser el carácter de clase de la cultura promovida por el gobierno revolucionario. El “Programa básico de gobierno de la Unidad Popular” decretaba que la tarea de los intelectuales y artistas sería “llevar los frutos de su creación a los trabajadores y vincularse a su destino histórico” (1970, 28). La última de las 40 medidas de la UP, que aseguraba la creación de un instituto nacional del arte y la cultura, se expandía en una política cultural generalizada que transformaría por completo las bases simbólicas sobre las que se reorientaría la cultura chilena para, como declaraba el “Programa” liquidar rápidamente los déficit culturales y educacionales heredadas del actual sistema” (1970, 28).

### Artistas y escritores, filósofos y científicos sociales movilizaron sus esfuerzos alrededor de la promesa de una cultura a tono con la construcción de una nueva sociedad.

Más que obras particulares, el efecto de la UP sobre la cultura fue el surgimiento de una expansiva creatividad institucional. Se establecieron organizaciones artísticas inéditas como la Federación del nuevo teatro. Se inventaron formas populares de circulación cultural, en las que, por ejemplo, la Nueva canción chilena se ponía al servicio de la revolución en el Tren de la cultura, el cual, liderado por Waldo Atías, promovió el acceso a las artes a través de una caravana de 60 artistas. Se introdujeron criterios de justicia al acceso a la cultura mediante la fundación de la editorial Quimantú, nacida de una huelga de los trabajadores de la editorial Zig-Zag. Este fue quizá el fruto más importante de la cultura allendista, pues Quimantú se convirtió en el soporte central de la transformación cultural chilena, con masivas ediciones populares de clásicos universales, publicaciones que pluralizaban el relato nacional como “Nosotros los chilenos”, e incluso un proyecto de reinterpretación histórica en clave obrera. El nuevo orden político ponía en marcha desde su inicio una nueva orden para la vida cultural.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Para un panorama bastante cabal de las políticas y acciones culturales de la UP se puede consultar Albornoz (2005).

La vocación institucional, incluso legalista, del proceso revolucionario chileno reconfiguró radicalmente el debate sobre la cultura.<sup>5</sup> Cada intervención en el foro público implicaba una posición sobre la manera en que debía ordenarse la producción artística. El habla de las artes reverberaba inmediatamente en el sistema político, vínculo especialmente compelido por una interpretación económica de la realidad bajo el paradigma de la lucha de clases. Discutir la cultura en términos de clase desbordaba velozmente las inquietudes de un gremio en específico. La palabra “cultura” no solo signaba la participación en la esfera de las artes y la literatura, sino que exigía una confesión de las propias representaciones del intelectual frente a la totalidad (económica y política) de la sociedad.

Es justo en el cénit de ese momento creativo, eufórico y carnavalesco que el poeta Enrique Lihn entra en discusión con las organizaciones culturales del gobierno de Allende. La polémica se inicia tempranamente por el artículo “Política Cultural, por la creación de una cultura nacional y popular” (1970), firmado por distintos escritores agrupados en torno al Taller de escritores de la Unidad Popular. En la lista de 14 miembros figuran Alfonso Calderón, Poli Délano, Ariel Dorfman, Antonio Skármeta y, por supuesto, abriendo la segunda columna, Enrique Lihn. Su publicación en la revista *Cormorán* llegaba solo 3 meses después de la asunción de Allende al poder. Este texto grupal declaraba que escribían motivados “por la perspectiva abierta por el triunfo de la Unidad Popular” (1970, 7). La retórica militante no escondía una profunda crítica a la manera en que el allendismo programaba el futuro de la cultura y sus instituciones en el país. El diagnóstico del Taller traducía las preocupaciones políticas de clase al nivel geopolítico, desplazando el antagonismo clasista entre burguesía y proletariado hacia la constitución de una cultura nacional y popular que enfrentara al imperialismo y su “exportación de modelos culturales destinados a establecer una conducta subordinada a sus intereses” (1970, 7). El texto interpelaba a la política cultural de la UP por preservar una matriz conservadora, en la que el gobierno de manera paternalista se responsabilizaría de difundir “una cultura lista para ser envasada, etiquetada y distribuida, y que solo faltaría poner al alcance de las masas” (1970, 7).

### Es justo en el cénit de ese momento creativo, eufórico y carnavalesco que el poeta Enrique Lihn entra en discusión con las organizaciones culturales del gobierno de Allende.

No es difícil imaginar que, siendo todos escritores, el blanco más directo de esta crítica fuese la editorial Quimantú. Entre sus más famosas colecciones se contaba Minilibros, con tirajes de 30.000 a

<sup>5</sup> Quizá sea este legalismo el que aporte el factor nacional a la revolución chilena. Luis Oyarzún recuerda que Pablo Neruda solía decir que “no habría régimen comunista en Chile, sin previa promulgación y publicación de la ley correspondiente, con la toma de razón de la Contraloría General de la República” (1967, 20).

50.000 ejemplares, que publicaban clásicos de la literatura occidental, como Antón Chéjov, Arthur Conan Doyle, Emilio Salgari y Máximo Gorki, junto a autores chilenos y latinoamericanos que habían alcanzado su propio lugar canónico en el continente, como fue el caso de Horacio Quiroga, Fernando Santiván y el autor que funda la colección, Baldomero Lillo. Donde los gestores del gobierno veían una voluntad de generar acceso al pueblo a una literatura mentadamente universal, el Taller percibía un grave problema de agencia. El esquema implícito de esta política, según el Taller, era que para el gobierno revolucionario “bastaría con culturizar al desposeído, entendiéndolo como mero consumidor y no así como el protagonista del proceso de culturización iniciado en nuestros días” (1970, 7). Las políticas de difusión debían, por tanto, reenfocarse en políticas de producción en la que los artistas pudieran participar en la creación de una “nueva cultura”.

El artículo obtuvo una fuerte reacción por parte de líneas más tradicionales de la izquierda. A pesar de que el texto del Taller defendía explícitamente “la autocrítica y el debate permanentes” (1970, 7), sus llamados a ocupar un rol de “vanguardia del pensamiento” y afirmar el “aporte que pueda hacer el escritor en las tareas de creación, organización y difusión de una nueva cultura” fueron leídos en términos de sus intereses gremiales. Desde la Asamblea de los Trabajadores de la Cultura en septiembre de 1971, Carlos Maldonado, encargado cultural del Partido Comunista, expresó su descontento ante las críticas de los escritores, quienes “esperan sentados que sus libros se publiquen, que sus obras se vendan o se les ofrezca un cargo, sintiéndose al margen de un gobierno al que ellos mismos pertenecen” (Partido Comunista de Chile 1971, 14). La objeción de Maldonado dibujaba una imagen del Taller en términos de intelectuales abstractos a quienes se les debía contestar desde el vigor del compromiso. La línea del Partido proponía a la cultura la tarea de instituir una intelectualidad revolucionaria “formada mayoritariamente por hijos de la clase obrera, del campesinado y otros trabajadores” (1971, 13). Los escritores del Taller claramente no formaban parte de esa lista.<sup>6</sup>

### Las políticas de difusión debían, por tanto, reenfocarse en políticas de producción en la que los artistas pudieran participar en la creación de una “nueva cultura”.

Enrique Lihn respondió a la reacción comprometida con el artículo “Política y cultura en una etapa de transición al socialismo”, publicado en el libro *La cultura en la vía chilena al socialismo* (1971). Su respuesta, colmada a la vez de impaciencia y rigor, volvía sobre las cuestiones planteadas tanto por el mentado Taller de escritores como por sus detractores, pero desde una perspectiva lateral. Si bien

<sup>6</sup> Según el mismo Lihn, la resistencia mayor la producía la firma de Cristián Hunneus, quien había apoyado públicamente la candidatura presidencial del demócratacristiano Radomiro Tomić (Bianchi 1995, 214).



enfrenta los cargos, la reflexión del escritor no se reduce a volver a discutir los términos de las políticas culturales concretas implementadas por Salvador Allende. Lo que Lihn intenta pensar es la matriz bajo la que se definen y evalúan los efectos de la UP y su promesa transformadora sobre la cultura. Lihn cambia las condiciones desde un debate sobre estrategia a un debate sobre principios. Su preocupación trasciende el balance, por ejemplo, de si la editorial Quimantú era o no una organización apropiada para la consecución del programa de gobierno. Mientras que en el texto del Taller de escritores se tildaba de “paternalista” el foco en la difusión, a Lihn en su intervención individual le preocupaba más bien la mistificación de ciertas posturas ideológicas que atentarían en el corto plazo el ya precario estatuto de los creadores chilenos. Según Lihn, los presupuestos para que la postura de los escritores del Taller clasificara de defensa gremialista no se daban, ya que el escritor chileno no podía vivir de la literatura sino de otras actividades profesionales como el periodismo o la publicidad (Lihn 1971, 29). En este contexto, ¿qué tipo de intereses gremiales podía custodiar una hipotética clase intelectual sin autonomía económica alguna?

La lectura del poeta remitía más bien al endurecimiento ideológico de la Revolución Cubana —y su consecuente recepción en Chile— frente a la libertad intelectual después del Caso Padilla. En 1971, el escritor Heberto Padilla lee parte de su libro *Provocaciones* (1973) ante la Unión de Escritores de Cuba, lo que gatilló una acusación del gobierno de fomentar actividades contrarrevolucionarias a través de la literatura. La acusación no apelaba exclusivamente a su intervención ese año sino a toda su obra literaria, y más particularmente, a su libro *Fuera del juego* (1968). Después de su arresto, Padilla termina leyendo en la misma organización una “autocrítica” en la que se arrepiente y rechaza toda su obra y sus opiniones: “bajo el disfraz del escritor rebelde en una sociedad socialista, yo ocultaba el desafecto a la revolución; detrás de los alardes del poeta crítico que hacía gala de su ironía enfermiza, lo único que yo buscaba realmente era dejar constancia de mi hostilidad contrarrevolucionaria” (Padilla 1971, 11). El caso despertó fuertes polémicas entre los escritores de la región y abrió una frontera en el campo intelectual de izquierda latinoamericano, agrupado en Cuba y la revolución como uno de sus centros.

### La lectura del poeta remitía más bien al endurecimiento ideológico de la Revolución Cubana —y su consecuente recepción en Chile— frente a la libertad intelectual después del Caso Padilla.

La atracción inicial de Cuba, escribía Enrique Lihn en un texto sobre el Caso Padilla publicado en la revista *Mensaje*, “se caracterizó, durante doce años, por su indefinición teórica y una flexibilidad práctica hasta excesiva” (1996, 432). El proyecto cultural cubano, y en específico la Casa de las Amé-

ricas, reunió a creadores latinoamericanos a la par de sus contrapartes norteamericanos y europeos en torno a predicados “ultrarrevolucionarios”. La amplitud inicial dio paso a la producción de “una genuina conciencia literaria de Latinoamérica —necesariamente compleja y diversificada—”(1996, 433). La situación de Padilla daba paso a una actitud diferente hacia las capas intelectuales, a las que se comenzaba a ver con sospecha si no se explicitaba el compromiso, y que, en palabras del mismo Fidel Castro —citadas por Lihn—, se habían disfrazado de “amigos de la revolución”, pero habían acabado como “ratas intelectuales”, es decir, “intelectuales burgueses, libelistas burgueses y agentes de la CIA” (1996, 434).

### La amplitud inicial dio paso a la producción de “una genuina conciencia literaria de Latinoamérica —necesariamente compleja y diversificada—”(1996, 433).

La contingencia cubana había sido absorbida por parte de los intelectuales chilenos, quienes —según Lihn en “Política y cultura”— ahora veían con desconfianza a “los intelectuales de procedencia burguesa” (1971, 32). Reclamaban la necesidad de entregar el campo cultural al “hombre nuevo” de origen proletario. Identificaban, de esta manera, el triunfo cubano con el triunfo chileno como si fueran un mismo proceso. Es precisamente en la importación formal de un lenguaje revolucionario cubano para hablar del proceso chileno que Lihn despierta sus alarmas. El escritor chileno propone “una crítica interna que se inscriba en el marco de un pensamiento de izquierda” (1971, 36), tanto para iluminar la verdad del problema como para enfrentar las maneras en que la prensa de derecha —sobre todo el diario *El Mercurio*— manipulaba el Caso Padilla para atacar al gobierno de Allende. Y aunque el poeta mira con desgano el manejo del gobierno cubano del *affaire* Padilla, sí intenta interpretar con caridad su política cultural. Acompañado de alusiones a Mao Zedong, Lenin, Trotski y al mismo Allende, Lihn construye su crítica en los estrictos términos de una esfera pública cruzada por el marxismo. El escritor postula un programa cuyo horizonte era ajustarse más estrictamente a lo que se llamó la vía chilena al socialismo. La de Lihn es una defensa ajustada a la estrategia allendista por medio de “recordar las ideas prácticas que el *compañero Presidente* se ha formado en lo que respecta a las diferencias entra la revolución cubana y *el camino de Chile para Chile*” (1971, 30). Paradójicamente, la negación de esta diferencia hacía compartir un mismo lenguaje a los intelectuales comprometidos de la derecha y de la izquierda, que proyectaban una equivalencia entre ambos procesos, entre sus victorias y, sin duda, entre sus consecuencias inevitables. Enrique Lihn rescata la especificidad del campo cultural chileno. A diferencia de Chile, Cuba había sometido a su población a una campaña masiva de alfabetización, lo que después de más de una década permitía pensar en que los trabajadores de la enseñanza pudieran desbordar el campo de la educación y liderar la creación cultural. En Chile, Lihn veía más bien “una cierta campaña de alfabetización” parcial y aún ineficaz, lo que ponía al país “muy

lejos de contar con una base objetiva para desbancar, a nivel de los creadores culturales, a los intelectuales de procedencia burguesa, supuestamente constituidos en una casta privilegiada” (1971, 47).

El resultado de distinguir ambos procesos debía establecer una estrategia también diferente. Una campaña educacional profunda debía anteceder a la emergencia de un escritor que representara con fidelidad las luchas del proletariado chileno desde su misma procedencia de clase. Por mientras, Enrique Lihn miraba hacia la configuración cultural concreta de las capas medias, la pequeña burguesía e incluso parte importante de una alta burguesía crítica, quienes ostentaban elevados niveles de educación, y que desde esa misma acumulación afirmaban posiciones críticas a la ideología de la clase dominante. La realidad cultural chilena exigía una estrategia, en su sentido de clase, que expresara “el carácter pluralista de la sociedad chilena” (1971, 72) y que, en consecuencia, aprovechara las energías históricas acumuladas por una masa crítica cuya procedencia no era ni podía ser, según Lihn, exclusivamente obrera. Depositar la totalidad del aparato cultural en el proletariado era para Lihn una política apresurada que no tomaba en cuenta las circunstancias materiales en las que se encontraba el proceso revolucionario chileno. Lihn sostiene esta afirmación citando a Lenin desde la más estricta ortodoxia marxista: “la gente habla más de la cuenta y con demasiada locuacidad de la cultura proletaria. Deberíamos darnos por satisfechos con la verdadera cultura burguesa para empezar, y nos alegraríamos, para empezar, de poder prescindir de los tipos más rudimentarios de cultura preburguesa, es decir, la cultura burocrática o servil, etc. En cuestiones de cultura, el apresuramiento y las medidas arrebatadas es lo peor que puede pasar” (1971, 63).

### Una campaña educacional profunda debía anteceder a la emergencia de un escritor que representara con fidelidad las luchas del proletariado chileno desde su misma procedencia de clase.

No solo fines estratégicos justificaban este pluralismo de clases. Lihn insistía en que una parte central del proyecto de la UP era la configuración de una democracia socialista. Esta era la vía que Chile había escogido para la revolución. La verdad sobre la que Lihn sostenía su intervención pública, y el estándar al que sometía su análisis, era el de la configuración de un proyecto unificador de la izquierda al amparo de la democracia. Para bien o para mal, Lihn comprendía que el entonces paradójico proyecto chileno implicaba la incomodidad de abandonar la aplicación de fórmulas extranjeras, porque había que resguardar el socialismo tanto como la democracia. En otras palabras, el poeta entendía que el triunfo de la UP estaba inexorablemente atado a su vocación democrática, y que el triunfo de los trabajadores debía convocar un apoyo que Lihn, vía Allende, modeló en los términos de un proyecto nacional y

popular. Desde la mirada del intelectual público, Enrique Lihn exigía los mismos estándares que la izquierda se había impuesto para lograr su triunfo en Chile.

Pero Lihn llevaría a zonas más extremas su crítica al triunfalismo de los intelectuales de izquierda. Así como el lenguaje del compromiso desfiguraba la vía democrática de la política cultural de la UP, también el lenguaje de la abstracción, escondido en compromiso, afirmaba proyectos intelectuales que desplegaban con la mayor estridencia una falsa radicalidad. Y digo falsa, de nuevo, bajo el signo de la verdad que suponía la constitución de una democracia socialista.

La última parte del ensayo de Lihn se dedica a una extensa crítica a Armand Mattelart, sociólogo belga que ejerció una fuerte influencia en el gobierno de Salvador Allende. El escritor describe algunos de los argumentos de Mattelart en su libro *Comunicación masiva y revolución socialista*,<sup>7</sup> que intentaba pensar la posibilidad de una comunicación popular desligada del marxismo economicista ortodoxo. El anuncio de esta renovación teórica se traduce, sin embargo, en un programa cultural contra “una supuesta clase de intelectuales ligada a la burguesía chilena por inaceptables privilegios” (1971, 69), con el fin último de “extirpar de raíz al hombre del proyecto pequeño-burgués reformista” (1971, 66-67). Lihn lee en esta propuesta incendiaria un lábil voluntarismo. Se evita responder “¿en qué lugar, de quiénes y contra quiénes se está hablando, y desde qué perspectiva concreta?” (1971, 69), construyendo una imagen abstracta de la “cultura erudita y libresca” contra la que los medios de comunicación populares debiesen orientar su práctica. Con la excusa de la teoría, Mattelart estaría justificando su posición de intelectual, a través de un “lenguaje superelitista” (1971, 67), escondiendo su propia complicidad —consciente o inconsciente— con el sistema de privilegios.<sup>8</sup>

### La última parte del ensayo de Lihn se dedica a una extensa crítica a Armand Mattelart, sociólogo belga que ejerció una fuerte influencia en el gobierno de Salvador Allende.

Sospechoso del compromiso y de la abstracción, pero nunca renegando de ninguno, Lihn propone finalmente que el triunfo de la izquierda tendría que orientarse a una “nueva formulación” de la cul-

<sup>7</sup> El libro fue una co-autoría con los argentinos Patricio Biedma y Santiago Funes, aunque Lihn evita mencionarlos.

<sup>8</sup> Enrique Lihn escribe que al plantear el fin del “hombre del proyecto pequeño-burgués” no puede evitar volver “a la imagen: a él, a sus familiares, amigos y conocidos” (67). Lo cierto es que al mirar la obra de Armand Mattelart puede encontrarse tanto momentos más comprometidos, rayanos en el panfleto, como un análisis profundo de ciertos órdenes sociales. En este último caso, vale la pena destacar el esfuerzo por caracterizar los sistemas multinacionales de información en los textos *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites* y *La cultura como empresa multinacional*, así como la dirección y el guion de la película *La Spirale* (1976).

tura “con los medios que se dispone y los que sea preciso crear en el curso del proceso” (1971, 72). Si los intelectuales comprometidos erraban en el objetivo de la acción cultural, despreciando la cualidad democrática y pluralista de la UP, los intelectuales abstractos confundían al elevar propuestas sin un contenido institucional definido, en apariencia más radical solo por carecer de los límites concretos de la realidad social del Chile de ese momento. Enrique Lihn escoge la incómoda posición de la crítica, y pone al proyecto allendista al centro de sus estándares de verdad en su rol de intelectual público de la UP. Insistir en la vía chilena y democrática al socialismo suponía un pacto interclasista, lo que en último término tensionaba en lugar de armonizar el desarrollo de la política cultural de Allende. Afirmar una ruta propia dejaba a la izquierda chilena sin modelos claros. No estaba en Cuba la solución, ni en China o la Unión Soviética. El triunfo para Lihn obligaba a un acto de madurez: actuar “con los medios de que se dispone”, es decir, con las instituciones que el pueblo chileno y su forma estatal habían producido para pensar desde el margen del mundo una idea propia de socialismo. La victoria, desde la crítica, aparecía bajo la penumbra de la contingencia, y es así como Lihn, citando al economista Paul Sweezy, escribe “lo que es cierto de la revolución, mañana puede ser incierto o viceversa” (1971, 33).

La historia no da lecciones, pero es pródiga en angustias. Hay señales de transformaciones profundas en el campo intelectual trazados por el nuevo gobierno de Gabriel Boric. El programa de gobierno contiene la promesa de robustecer el sistema de medios de comunicación, asegurando institucionalmente la libertad de expresión. También se compromete a fortalecer las instituciones con rol público, aunque la orientación sea un refuerzo técnico a proyectos de innovación, desarrollo e investigación. Se augura, además, una reforma general del abandonado sistema educacional chileno, con lo que se ha llamado un compromiso nacional con la educación pública. La prensa, las universidades, y la escuela construyen, sin duda, las condiciones para la crítica. Pero no son suficientes. Todas son instituciones presionadas por profundos procesos de burocratización, precarización e incentivos a perseguir financiamientos estatales.

### La historia no da lecciones, pero es pródiga en angustias.

El problema político de los intelectuales sigue abierto. Desde sus primeros meses, el triunfo ha afectado la configuración política de las capas intelectuales del FA. El gobierno ha tenido que absorber a gran parte de sus cuadros intelectuales en su interior. Por ejemplo, Rumbo colectivo, organización vinculada a Revolución Democrática, vio la partida de Paula Poblete, Cristóbal Cuadrado, Javiera Martínez y Diego Vela, todos directores, por su ingreso a altos puestos de gobierno. Algo similar sucede con la Fundación Nodo XXI, ligada a Comunes, la que presencié el ingreso de su directora Javiera Toro al Ministerio de Bienes Nacionales y de Giorgio Boccardo, uno de sus principales investigadores,

a la Subsecretaría del Trabajo. El Ejecutivo también ha integrado a sus filas a intelectuales con vocación técnica provenientes del Centro de Estudios Espacio Público. Lucía Dammert, una de las miembros de su directorio, es actualmente jefa de los asesores del Segundo Piso de la Moneda, e integró a Diego Pardow, ex director ejecutivo del Centro, quien ingresó en el rol de asesor de políticas públicas.<sup>9</sup> Y si bien participar de la administración no implica una actitud de compromiso irreflexivo, sería ingenuo esperar o exigir que sean los ministros de Estado quienes le hablen “la verdad al poder”, incluso teniendo un horizonte público. Esta vez les toca encarnar, y no criticar, los poderes constituidos. Este efecto en la más alta jerarquía puede replicarse en los cuerpos intelectuales que ingresan al gobierno en calidad de asesores. El paso desde la sociedad civil al Estado cambia su rol de analizar las políticas de Estado bajo estándares disciplinares y públicos a encontrar las maneras de implementar el programa del gobierno. Esta transición también podría transformar a largo plazo la naturaleza del conocimiento al interior de las comunidades intelectuales jóvenes, las que tienen incentivos para generar conocimiento experto, destinado a carteras específicas, por sobre una reflexión más abarcadora que apele a los principios y promesas políticas del gobierno a la ciudadanía. El énfasis en los expertos tendería al largo plazo a la gremialización de la organización política de los intelectuales de izquierda, transformándose en un aliciente para su despolitización en la conformación colectiva de una tecnocracia.


### El paso desde la sociedad civil al Estado cambia su rol de analizar las políticas de Estado bajo estándares disciplinares y públicos a encontrar las maneras de implementar el programa del gobierno.

Quizá el mayor peligro sea que el vacío que se deja en el foro público puede ser prontamente ocupado por el estamento intelectual de la antigua izquierda. Ya más de una vez se ha escuchado al presidente declamando el poema de Enrique Lihn “Cementerio de Punta Arenas”, en el que el poeta dibuja la imagen de la continuidad de la desigualdad y el poder que la sostiene, incluso después de la muerte. Esos ancestros, escribe Lihn, están “cada uno en lo suyo para siempre, esperando, tendidos los mantos, a sus hijos y nietos” (69). No es extraño que los pactos con el Partido Socialista al nivel de la administración del Estado se repitan al nivel del pensamiento. No hay que olvidar que Manuel Antonio Garretón, uno de los más influyentes intelectuales de la Concertación, apareció explícitamente dando su apoyo a Gabriel Boric en la franja electoral, y que más de alguna vez han pasado por sus intervenciones los nombres de los presidentes demócratacristianos Patricio Aylwin y Eduardo Frei Montalva.

<sup>9</sup> Notablemente, ambos investigadores cubrían áreas de expertíz poco problematizadas desde el discurso intelectual de la izquierda, como seguridad, en el caso de Dammert, y regulación económica, en el de Pardow.

La encrucijada deja al gobierno entre el loable respeto a las tradiciones de la izquierda democrática, y sus fantasmas que siempre intentan retornar al país a sus antiguas jerarquías y antagonismos.

¿Qué organización desde la izquierda velará con celo para que se mantengan las promesas de transformación con los que triunfó el FA? El vaciamiento de las capas intelectuales jóvenes devenidas asesores o expertos, el acecho de las antiguas bases intelectuales concertacionistas y la constante vigilancia de cada movimiento del gobierno hacen progresivamente más difícil organizar institucionalmente la crítica. Síntoma de esta falta de orgánica es el lugar excepcional del investigador Noam Titelman, afiliado a Revolución Democrática, y quien hasta ahora no es parte del gobierno. Titelman ha hecho un intento serio de dar coherencia a los principios democráticos del FA, desde sus compromisos identitarios hasta la faz política de proclamas económicas como la superación del neoliberalismo y un nuevo pacto tributario. Sin embargo, sus intervenciones están repartidas en los más diversos medios (Nueva Sociedad, Centro de Estudios Públicos, ExAnte, entre otros), sin inscripción intelectual más allá de sus afiliaciones militantes y académicas, manifestando la falta de centros de síntesis política en la nueva izquierda.



### El vaciamiento de las capas intelectuales jóvenes devenidas asesores o expertos, el acecho de las antiguas bases intelectuales concertacionistas y la constante vigilancia de cada movimiento del gobierno hacen progresivamente más difícil organizar institucionalmente la crítica.

¿A quiénes se oirá cuando la confortable gaza del poder acune a los intelectuales? Todos los días, la contingencia empuja a la tentación del compromiso irreflexivo o a la abstracción —digámoslo así— como una forma más de la irrelevancia. Dicho cínicamente: todavía está en suspenso el pacto del gobierno con los intelectuales. Con algo más de fe, se podría decir que aún está a la espera una decisión explícita sobre cuál será el compromiso de la política progresista con la verdad. Ahora que la izquierda ha triunfado, ¿quién cargará el incómodo peso de decirle la verdad al soberano?

## Bibliografía

**Albornoz, César.** 2005. “La Cultura En La Unidad Popular: Porque Esta Vez No Se Trata de Cambiar Un Presidente.” In *Cuando Hicimos Historia. La Experiencia de La Unidad Popular*, 147-76. LOM ediciones Santiago de Chile.

**Bianchi, Soledad.** 1995. *La memoria: modelo para armar: grupos literarios de la década del sesenta en Chile: entrevistas*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.



- David-Fox, Michael.** 2012. *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to Soviet Union, 1921-1941*. Oxford; New York: Oxford University Press.
- Lemaitre, Fernando Atria.** 2009. "La verdad y lo político." *Derecho y Humanidades*, no. 15 (January). <https://derechoyhumanidades.uchile.cl/index.php/RDH/article/view/16040>.
- Lihn, Enrique.** 1971. "Política y Cultura En Una Etapa de Transición al Socialismo." En *La Cultura En La vía Chilena al Socialismo*. Editorial Universitaria.
- Lihn, Enrique.** 1984. *La pieza oscura*. Madrid: Ediciones Literatura Americana Reunida.
- Lihn, Enrique.** 1996. "El Caso Padilla." In *El Circo En Llamas*, edited by Germán Marín. Santiago: LOM.
- Luxemburgo, Rosa.** 2019. "El Orden Reina En Berlín." *LuXemburg. Gesellschaftsanalyse Und Linke Praxis*, no. 3: 46-53.
- Mattelart, Armand, Patricio Biedma, and Santiago Funes.** 1971. *Comunicación masiva y revolución socialista*. Santiago: Ediciones Prensa Lationamericana.
- Moynahan, Brian.** 1992. *Comrades: 1917 - Russia in Revolution*. London: Hutchinson.
- Oyarzún, Luis.** 1967. *Temas de la cultura chilena*. Santiago: Universitaria. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8355.html>.
- Padilla, Heberto.** 1971. "La Autocrítica de Padilla." *Cuadernos de Marcha*, no. 49.
- Partido Comunista de Chile, ed.** 1971. *La Revolución Chilena y los problemas de la cultura: documentos de la Asamblea Nacional de Trabajadores de la Cultura del Partido Comunista, realizada los días 11-12 de septiembre*.
- Said, Edward W.** 1996. *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- Santos Ruiz, Ana.** 2015. *Los Hijos de Los Dioses: El Grupo Filosófico Hiperión y La Filosofía de Lo Mexicano*. Primera edición. México, D.F.: Bonilla Artigas Editores.
- Shapin, Steven.** 2012. "The Ivory Tower: The History of a Figure of Speech and Its Cultural Uses." *The British Journal for the History of Science* 45 (1): 1-27. <https://doi.org/10.1093/bjsh/45.1.1>.
- Taller de escritores de la Unidad Popular.** 1970. "Política Cultural: Por La Creación de Una Cultura Nacional y Popular." *Cormorán*, no. 8.
- Trotsky, Leon.** 2001. *La revolución traicionada: ¿qué es y adónde va la URSS?* Madrid: Fundación Federico Engels.
- Unidad Popular.** 1970. "Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende." Instituto Geográfico Militar. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-7738.html>.





CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Juan Luis Ossa S.C.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.

VER EDICIONES ANTERIORES ↓